

“¿Y a usted, profe, ¿cómo le va con la tecnología?”

Por: Giezzi Lasso Agredo

Nos faltan espacios de encuentro. Es indiscutible.

Eso lleva a que los profesores no tengamos muchas oportunidades de dialogar, más allá de las propias unidades académicas, en donde regularmente las conversaciones se centran en las actividades propias del día a día.

El intercambio o la simple conversación con colegas de otras áreas son básicos, pues son la forma elemental como se puede construir el proyecto de Universidad.

Me ha sucedido con mucha regularidad en los últimos meses que, cuando me encuentro casualmente con colegas, me proponen conversación a partir de dos preguntas:

La primera es:

- “¿Profe, ya se pensionó?”

Y la otra...

- “¿Profe, a usted cómo le va con la tecnología?”

Con relación a la primera pregunta, mi respuesta es “No, profe, aún no...”

Pero en la segunda pregunta se evidencia una incomodidad con los inocultables cambios que todos experimentamos en el ejercicio pedagógico, que luego se confirman en el avance de la conversación.

Pues bien, estos son otros tiempos, son otros estudiantes, otras formas de interacción, y por eso es obligatorio sacudirnos las viejas formas.

Es comprensible que las transformaciones tecnológicas generen incertidumbre, pues implican cambios profundos en la forma en que tradicionalmente hemos concebido la enseñanza. Pero más que temer a estos avances, es necesario conocer el potencial que ofrecen para mejorar los procesos de enseñanza-aprendizaje, pues bien utilizadas, las tecnologías no sustituyen al docente, sino que facilitan nuevas dinámicas educativas y brindan acceso a herramientas que, hasta hace poco, eran impensables.

Miremos algunas de las oportunidades que nos permite la integración de tecnologías en los procesos de enseñanza-aprendizaje:

Flexibilidad y personalización del proceso.

Hasta hace poco carecíamos de plataformas. Hoy en día las integramos a nuestras actividades, y es posible citar experiencias en las que los estudiantes avanzan a su propio ritmo, acceden a recursos y materiales en cualquier momento y desde cualquier lugar.

Nos hemos formado dentro de un modelo en el que la enseñanza ocurría exclusivamente dentro del espacio físico: el salón. Ya no es solo así. La tecnología ha permitido la aparición de

aulas virtuales y modelos híbridos, donde los estudiantes combinan la asistencia a clases presenciales con el aprendizaje en línea. Esto amplía el acceso a la educación y ofrece flexibilidad a los estudiantes que por distintas razones no pueden asistir de manera presencial.

El potencial de inclusión:

¿A qué se refiere? A las posibilidades de extender el acceso a la educación superior a comunidades lejanas, como nuestra zona litoral, o el sur del departamento. En varias unidades académicas tenemos interés de que comunidades rurales puedan acceder a la Universidad, pues entendemos que de otro modo difícilmente lo lograrán.

Articulación con redes externas:

La tecnología también facilita la colaboración internacional, fomentando redes de investigación y aprendizaje entre universidades de todo el mundo.

Con la tecnología tenemos la oportunidad de conexión de estudiantes y profesores de diferentes países, permitiendo intercambios interculturales y colaboraciones que enriquecen el aprendizaje. Estas interacciones virtuales ofrecen una riqueza que trasciende lo que podría lograrse en un aula tradicional.

Una pedagogía con roles activos:

Este es uno de los cambios más urgentes de asumir. No podemos persistir en un ejercicio pedagógico centrado únicamente en el protagonismo del docente. Lo que regularmente manifiestan mis colegas en esas conversaciones a las que me referí arriba, es que los estudiantes no se concentran, no pueden mantener la atención por más de cinco minutos.

¿Les ha pasado a ustedes?

Es necesario diseñar otras metodologías, más activas y que sitúen al estudiante en el centro del proceso de aprendizaje.

En los modelos de educación en los que nos formamos, era normal que se viera al profesor como la fuente principal de conocimiento. En ese esquema el alumno tenía un rol más pasivo, limitado a escuchar y memorizar. Sin embargo, en los nuevos modelos educativos, se promueven metodologías activas como

El aprendizaje basado en problemas, el aprendizaje cooperativo o el aprendizaje basado en proyectos, y otros probamos en los diplomados de Innovación, son metodologías que asignan al estudiante un rol más activo, alentándolo a participar activamente, investigar, colaborar y aplicar conocimientos en situaciones reales.

Entender que se requieren nuevas competencias:

La tecnología en la educación universitaria no solo enriquece el aprendizaje, sino que prepara a los estudiantes para el entorno laboral actual. La transformación tecnológica exige competencias digitales que, al ser integradas en los currículos universitarios, permiten a los estudiantes adaptarse con mayor facilidad a las demandas del mundo laboral.

Así, pues, es hora de que superemos los temores a las tecnologías y en cambio pensemos en actualizarlos para que podamos incorporarlas creativamente a nuestras dinámicas. No se

trata de que tengamos que rendirnos mansamente a una colonización tecnológica, sino de valorar qué nos resulta necesario y útil en un contexto que es radicalmente distinto al de hace veinte años.

Reitero que es indispensable que en la Universidad tengamos espacios para que desde la interdisciplinarietà conversemos de temas como estos.

Y sobre la primera pregunta, reitero que no me pensiono todavía. Aún me queda pila para otro rato.